





BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barbará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO XI APARECE LOS MARTES NÚM 596

© Sprung in den Abgrund, 1933

EL SALTO AL ABISMO

Arriesgadísimas aventuras del valiente actor

★ HARRY PIEL ★ (Director y actor)

Narración de C. GOTARREDONA

EXCLUSIVAS

INCA FILM, S. A.

Rambla Cataluña, 66 - Teléf. 81000

BARCELONA

★ Screen "serie" Germany: 283, 153, 356

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

© También: "Spuren im Schnee"

I

En una de las dependencias del elegante refugio del hiberno, en Studen, dos servidores del establecimiento hablaban así:

—¿Encontraron ya al turista despeñado?
—preguntó uno de ellos.

—¿Con semejante tiempo? ¡Ni pensarlo!
—replicó el otro.

—Ya me lo suponía. El "Pico del Diablo" es fatal. No pasa invierno que no ocurra allí alguna desgracia. Es el ventisquero más traidor de la montaña.

—¡Qué pena para su pobre mujer!

—Marchó ya?

—No; sigue en el hotel.

En efecto: la señora Volkman, una dama joven y elegante que se había instalado allí semanas atrás, con su marido y dos amigos suyos, tuvo que pasar por trágicos momentos de incertidumbre desde el día en que salió su marido para una excursión a la montaña y no volvió más.

Como era gente de dinero, no se escatimó nada. Organizóse una excursión de socorro, compuesta por los más expertos guías de la comarca; exploráronse los lugares por donde debían haber pasado el excursionista y su guía; escrutaron los abismos sin hallar el menor rastro de los desaparecidos. Una tempestad de nieve, que les sorprendió, sin duda, en las cumbres, dificultó extraordinariamente las pesquisas, y a última hora tuvieron que regresar sin haber podido hacer nada.

Sin embargo, días después, se supo que el guía del señor Volkman había llegado extenuado y herido a una aldea del otro lado de la montaña. Brilló un rayo de esperanza en el corazón de la atribulada señora Volkman; funcionó el teléfono, ya que los caminos, por efecto del temporal, eran inaccesibles, y las primeras noticias fueron de zozobra e inquietud: el guía se hallaba en tal estado de postración e inconsciencia, que no podía decir nada. Prodigáronsele solícitos cuidados, pero todo fué inútil. Cuando ya estuvo repuesto, el viejo guía no pudo más que balbucear algunas palabras, dando a entender que el turista se había despeñado por el Pico del Diablo, abismo inaccesible.

Todo esto hacía presumir que en la montaña había ocurrido una de tantas tragedias.

Desvanecida toda esperanza, con la triste convicción de que su marido había muerto

a consecuencia de un trágico accidente, la señora Volkman fué acostumbrándose a la idea de su irreparable desgracia y, aunque sus bellos ojos estaban empañados por el llanto, a los pocos días volvió a frecuentar el comedor, en unión de los graves caballeros que habían sido amigos de su marido y que ahora con su compañía atenuaban su tristeza.

Días después ya casi nadie se acordaba de Volkman y los labios de la desconsolada viuda volvieron a sonreír.

Sin embargo, la misteriosa desaparición del millonario Volkman preocupaba a más de una persona, y no por razones sentimentales, sino por un asunto estrictamente comercial.

Sin que la viuda pudiera darse cuenta de ello, las gradaciones de su dolor, sus palabras, sus más insignificantes movimientos, hasta el número de veces que sonreía en el comedor, eran cuidadosamente observados y anotados. En Berlín, una cuadrilla de informadores investigaba escrupulosamente acerca del estado de los bienes del difunto señor Volkman y fué reconstruida su verdadera situación económica en el momento preciso en que desapareció.

La viuda y sus amigos vivían en el mejor de los mundos e ignoraban esos movimientos.

No había por menos: una potente compañía de Seguros había concertado semanas

antes un seguro de vida con el difunto Volkman a todo riesgo, es decir, que la compañía tenía que pagar medio millón de marcos si en un plazo corto no se esclarecía el misterio que envolvía la desaparición de Volkman.

II

Para esos casos, las compañías de Seguros tienen creado un servicio de detectives, cuya misión consiste en investigar los asuntos dudosos, pues si bien las compañía tienen el deber de pagar, les asiste también el derecho de no dejarse engañar.

El caso Volkman fué confiado a Harry. Entre los detectives de la compañía de Seguros Internacional, Harry se ganaba la palma. Todo caso difícil o complicado se confiaba a su sagacidad, a su valor y a su probada experiencia.

Media hora después de recibir la orden,

Harry salió para Studen. Aquel servicio era una especie de vacaciones, porque las montañas y la nieve le atraían. Además, Harry sabía una cosa: que en Studen se encontraría con la señorita Betty, la linda secretaria del señor Schenk, director general de la compañía que había adelantado a su jefe con objeto de prepararle alojamiento para pasar allí tres semanas de reposo.

Harry hizo la última etapa de su viaje en skís. Por cierto que en las solitarias cumbres se encontró con un individuo que en otras circunstancias le habría sido extraordinariamente sospechoso, pues trataba de hurtar el rastro a sus miradas cuando, acercándose a él, le preguntó:

—¿Voy bien para ir a Studen?

—Siga todo derecho y ya verá el pueblo —respondió el interrogado, que llevaba una bufanda de lana que le cubría hasta los ojos.

—¿Qué dice? — preguntó Harry, apartándole la bufanda, con objeto de verle la cara.

Esta confianza molestó extraordinariamente al desconocido y Harry poco después se reía de él, acercándose por momentos al punto de destino, mientras el otro quedaba atrás, en las heladas cumbres.

Y media hora después, Harry daba unos discretos golpes en la puerta del número 17, en el de Studen y una voz muy conocida

preguntaba desde el otro lado de la puerta:

—¿Quién es?

—Abra, abra pronto — ordenó Harry, que no quería ser visto.

Betty acababa de tomar su baño y sólo se había puesto un albornoz.

—¡No mire usted, por Dios! — dijo al joven ruborizado, al ver que éste se la comía materialmente con los ojos.

—¿Dónde está el director? — preguntó Harry, desprendiéndose de la pesada mochila.

—Se ha detenido unos días en Munich.

—Y usted por aquí divirtiéndose, ¿no?

En este momento llamaron a la puerta. Harry se retiró a un rincón donde no pudiera ser visto y oyó un diálogo que Betty sostenía con un individuo con la puerta semiabierta. Harry pudo ver al recién llegado.

—¿Vino ya su jefe? — preguntaba a Betty.

—No; aún tardará dos o tres días.

—A usted no se la ve nunca. ¡Con lo que me gusta charlar con usted!

Betty se excusó y el personaje que se interesaba por el director y por charlar con ella se dispidió.

—¿Quién es ese tipo? — preguntó Harry.

—El Barón Moll.

—Siga viéndose con él, gánese su amistad, enamórelo... — añadió con no fingido disgusto—. Eso va bien para los intereses de la compañía y aun para los de usted.

Harry, sobre todas las estimables cualidades que poseía, tenía un defecto capital: era celoso. No podía comprender que Betty, al aceptar y fomentar la amistad del Barón Moll, lo hacía obedeciendo órdenes superiores.

—¿Quiere usted comer alguna cosa? — dijo Betty al ver que se disponía a marcharse.

—Tengo prisa. Además no me conviene estar mucho por aquí. Yo me hospedaré en la posada "Foldnes Lam". Si entretanto sabe usted algo importante, me lo avisa.

La posada donde Harry fué a instalarse estaba en el pueblo, a medio kilómetro del hotel. Era un establecimiento típicamente del país que a él le interesaba particularmente, porque era el punto de reunión de los guías de la localidad.

Eran ya las nueves de la noche cuando Harry penetraba en el establecimiento. Casi todas las mesas estaban ocupadas y la muchacha que servía a los parroquianos iba de un lado a otro sin poder dar abasto.

Harry ocupó una mesa en un rincón y observó a la gente. Poco después se acercó la muchacha:

—¿Qué desea el señor? — preguntó sonriendo amablemente.

—Quiero un buen jarro de cerveza, una buena cena y después un buen cuarto. ¿Tiene usted todo eso?



— Le afectó tanto ese accidente.

—Sí, señor. Ahora que no sé si será de su gusto, porque la casa es pobre.

—Pero tiene muchachas muy ricas — dijo Harry.

La chica se fué riendo, agradeciendo el piropo.

La gente era joven y se divertía a su manera. Un muchacho joven, pero fuerte, que frecuentemente cambiaba palabras con la chica, se llevaba la palma en la lucha de

fuerza con sus camaradas. Harry recordó que en los ejercicios de pulso no hubo nunca quien le ganase.

Harry se mezcló con ellos y, cuando mostró deseos de probar su fuerza con el mozo, se rieron de él.

—Con él no va usted a poder.

—Nada cuesta probarlo. El que pierda, pagará una ronda. ¿Conforme?

Los mozos se agruparon en torno de ellos. La gente del campo siempre ha venerado los rudos ejercicios de fuerza, así es que cuando — no sin dificultad — Harry venció al mozo, se ganó la admiración de todos.

—Bien — decía poco después Harry a la muchacha, mientras se servía un gran trozo de carne—. ¿Conoce usted un buen guía?

—Sí. Hay uno, que es el que mejor conoce la montaña, pero el otro día tuvo una desgracia y no sé si recomendárselo.

Y la muchacha le refirió el accidente de Volkman. El guía había ya regresado a Studen y frecuentaba el establecimiento.

—Le afectó tanto ese accidente, que ha quedado como atontado — concluyó la muchacha.

Harry se alegraba de haber escogido aquel alojamiento, e iba a proseguir su interrogatorio, cuando se presentó Betty.

—¿Molesto? — preguntó con reticencia, mirando alternativamente a Harry y a la muchacha—. El director avisa que llegará pasado mañana.

—¿Para eso ha venido usted a verme?

III

Poco más hablaron Betty y Harry, porque ella estaba disgustada y él también. Pero la extemporánea salida de Betty del hotel había sido suficiente para que alguien la siguiese. Eran dos personas del hotel. A través de los cristales, desde la calle, la vieron hablar con Harry. Cuando ella marchó, permanecieron en su observatorio y poco después vieron algo que no les dejó la menor duda acerca de los propósitos del desconocido.

Había llegado como todas las noches el Geiersbacher al establecimiento y vieron cómo el desconocido se ponía a hablar con él

en una habitación reservada, cuya ventana daba también a la calle.

—¡Lo hará hablar! — dijo uno de los personajes, con miedo.

—Peor para él — dijo el otro con tono siniestro—. Vámonos antes de que alguien nos vea.

Harry, en efecto, había podido lograr que el guía hablase en unos minutos más de lo que había hablado en varias semanas.

—¿Usted quiere bajar al fondo del Pico del Diablo y buscar el cadáver? Eso lo intentamos días atrás y no pudimos.

—Se le pagará a usted bien.

—Bueno; para eso estoy — repuso el guía encogiéndose de hombros.

Dos días después, Harry y el guía emprendían la ascensión a la montaña en dirección al “Pico del Diablo”.

Ni un solo movimiento de Harry había pasado desapercibido, así es que, cuando emprendieron la marcha, fueron seguidos a prudente distancia.

No sin grandes esfuerzos llegaron al sitio donde ocurrió el accidente. Harry se asomó al precipicio: la altura imponía pavor, pero tranquilamente empezó a preparar sus cuerdas.

—¿Usted podrá sostenerme?

—Eso sí, pero, ¿se atreverá usted a bajar hasta el fondo?

—¿Por qué no?

Cuando ya todo estuvo listo, Harry se anudó la cuerda a la cintura.

—Vamos — dijo.

Y empezó el arriesgado descenso. El guía iba dejando ir la cuerda y Harry, agarrado a los salientes del cantil, bajaba con mucha lentitud, pero con gran seguridad. El propio guía estaba verdaderamente admirado de su valor.

Harry descansaba de cuando en cuando para no gastar demasiado las fuerzas del viejo.

Al llegar a un saliente de la roca notó con extrañeza que la cuerda se aflojaba. Tuvo que asirse fuertemente para no caer.

—¿Qué pasa? — gritó—. ¿Por qué afloja usted?

Pero el guía no respondió.

La cuerda se balanceaba como si alguien desde arriba la agitase. Harry prestó atención y creyó percibir un rumor.

—¡Geiensbacher! — gritó.

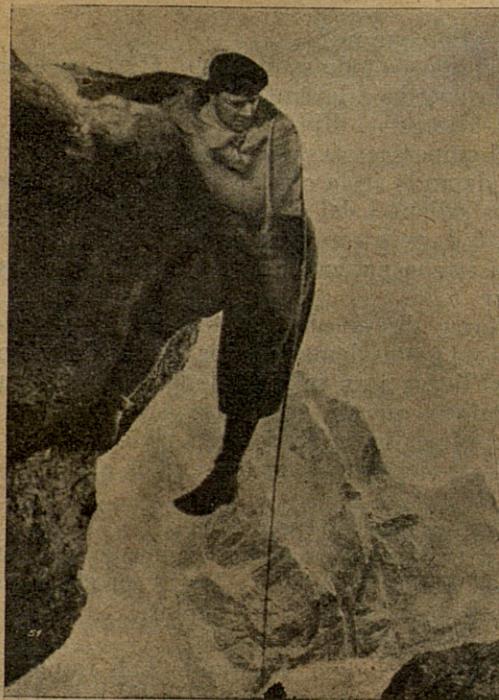
Aseguró el oído, esperando una respuesta y percibió la voz ronca del guía que decía con ira desesperada:

—¡Canallas! ¡Canallas!

Por la mente de Harry cruzó una sospecha terrible, y se asió fuertemente a la roca.

—¡Cortar la cuerda! — gritó imperiosamente alguien desde arriba.

Y casi al mismo tiempo, la cuerda cayó.



Harry se quedó asido a la roca.

Harry quedó asido a la roca. Desde allí no podía ver nada ni apenas percibir el rumor de la lucha que se estaba desarrollando. Sólo la nieve que se desprendía de arri-

ba, le daba a entender que había lucha. Después oyó un grito desgarrador y vió con espanto caer al guía.

Harry no perdió la serenidad. Era cuestión de permanecer allí, agazapado e inmóvil, para hacer creer a los de arriba que había caído al fondo del abismo.

En su difícil situación, Harry fué analizando las probabilidades de llegar al borde del precipicio. Desde luego, por donde había bajado era imposible ascender sin la ayuda de nadie.

Frente a él se erguía un picacho que hacía más accesible la ascensión por la parte opuesta. Pero le separaba un espacio de unos cinco metros que formaba una garganta de unos treinta metros de altura.

Harry no se desanimó. Tenía la cuerda y podía servirse de ella. Sólo era cuestión de aplicar su habilidad en tirar el lazo y sujetar la cuerda en un saliente del picacho que parecía hecho a propósito.

Hubo de probar varias veces, pero al fin logró el efecto apetecido. La cuerda quedó tensa y, después de probarla, se dejó caer. Su cuerpo describió una curva sobre el abismo. Con las piernas atenuó el golpe. Estaba salvado.

IV

Dos personas se encuentran en el hall del hotel. El que acaba de entrar viene con el aire fatigado como si acabara de realizar un gran esfuerzo. El que sale a recibirle, le mira ansiosamente, con la inquietud reflejada en el rostro.

—¿Qué ocurrió? — pregunta.

El recién llegado le mira con aire de triunfo. Esta mirada tranquiliza a su interlocutor. Después, en voz baja, dice:

—Los dos dieron el salto al abismo.

Un par de horas después llega al hotel el detective Harry y pide una habitación. Alguien le ha visto y, con el espanto reflejado en su rostro, agarra por el brazo a su compañero:

—¿Acaso quiere usted ir a pasar con sus huesos en la cárcel? ¡Entonces sí que sospecharían! No debemos movernos de aquí. En último caso tengo personas de confianza.

Aquel mismo día, Harry hizo una visita a la señora Volkman. La criada le hizo pasar al gabinete y salió el señor Schoning consternado.

—A la señora Volkman le es imposible recibirla. Está muy afligida y tiene un gran dolor de cabeza.

—Lo siento. Espero que mañana se encontrará mejor — dijo Harry marchándose.

Pero cuando Harry iba a despedirse, en el cuarto de al lado empezó a tocar una gramola. Harry sonrió y marchó.

Schonin entró en el cuarto de la viuda indignado.

—¿Te has vuelto loca? ¿Por qué te pones a tocar la gramola estando ese ahí?

—Perona; había olvidado mi papel.

—Pues procura no olvidarlo. Ahora voy a avisar a Moll, porque esta visita me huele mal.

La viuda pasó al gabinete y se encontró con un desconocido que la dijo amablemente:

—Perdone. Estuve aquí hace unos momentos y me dejé olvidada la gorra.

Se hicieron amigos. La viuda, que se aburría extraordinariamente en su reclusión, quiso charlar con él y hasta le invitó a tomar una copita de Oporto.

Harry, "sin querer", le derramó vino en



Al cabo de un momento salió ella.

el vestido. Quería encontrarse solo unos momentos.

—No es nada — dijo ella —, voy a cambiarme de vestido.

Y pasó a la habitación contigua.

Harry abrió el cajón de la mesa y buscó entre los papeles. No halló nada de interés a no ser un retrato que le llamó particularmente la atención, en el que aparecía ella al lado de un hombre, pero la cabeza de él aparecía cortada.

El detective se guardó el retrato. Al cabo de un momento salió ella. Estuvieron hablando unos minutos y Harry se despidió, pretextando una ocupación.

Poco después, Harry se hallaba en casa del fotógrafo de Studen, el único establecimiento de este género que había en la localidad. Eran ya más de las doce de la noche. La intempestiva salida del detective no había pasado desapercibida por el Barón Moll ni su cómplice y, sospechando algo, le siguieron.

—Esta puede ser una buena ocasión para desembarazarnos de él — dijo Moll, apretando la pistola que llevaba en el bolsillo.

—¿Cree usted?

—Sí: pero primero hay que saber a dónde va.

Harry llegó a casa del fotógrafo y llamó repetidamente a la puerta.

—¡Voy! ¡Voy! — contestó una voz cascada de viejo al cabo de un rato.

Con mucha dificultad, el fotógrafo le abrió la puerta.

—Vea si encuentra la placa de esta fotografía — dijo Harry—. Hágame usted el favor.

—¿Tanta prisa le corre a usted? — dijo el viejo de mal humor.

—Sí: es una cosa urgentísima.

Obedeciendo de mala gana, el fotógrafo buscó la placa. Harry la contempló al trasluz.

—Saque usted una copia — dijo.

El fotógrafo iba a preparar su baño, en tanto que Harry contemplaba el negativo, cuando sonó un disparo y la placa fué atravesada por una bala.

—¿Qué es esto? — exclamó el fotógrafo alarmado.

—¡Apague la luz! ¡Pronto! — ordenó Harry.

Con la luz apagada, Harry vió a través de la ventana cómo dos sombras desaparecían en la oscuridad.

Cerró las maderas de la ventana y dijo con sorna:

—¡Bah! ¡Son unos bromistas!

Afortunadamente la parte de la cabeza había quedado intacta y Harry pudo obtener una copia que luego examinó detenidamente.

En el rostro del detective brilló una sonrisa de triunfo. Ya no cabía duda. Su sospecha se confirmaba. El desconocido que se encontró en la montaña a su llegada a Stu-den y Volkman, eran una misma persona.

Harry se despidió del asustado fotógrafo y regresó al hotel.

Estaba ya dispuesto a emprender la batalla, pues ya tenía la evidencia de que la muerte de Volkman era un embuste.

V

Al regresar al hotel, le entregaron un voluminoso sobre. Lo rasgó con prisa y sacó una fotografía con una nota. El retrato era del Barón Moll y la nota se refería a los antecedentes del aristócrata.

—¡Lo que tú te pensabas, Harry! El Barón Moll “opera” exclusivamente con las compañías de Seguros — dijo Harry para sus adentros—. Como es listo, cada vez busca una nueva persona y un país distinto. La cosa está clara y podré aclararla pronto.

Harry pasó al salón fiestas donde se hallaba Betty en compañía del Barón Moll y Schonning.

Los tres habían bebido bastante. Betty presentó a los caballeros y, cuando después Harry la quiso sacar a bailar, no quiso hacerlo. La joven estaba disgustada desde el día que lo encontró charlando animadamente con la muchacha de la posada.

En cambio aceptó bailar con el Barón Moll.

—No se ponga triste, señor Echoning—dijo Harry cuando se hallaron a solas—. Le traigo buenas noticias.

—¿Buenas noticias? ¿Usted? Sí que lo celebraré.

—¿Puedo celebrarlo yo también? —dijo el Barón que estaba receloso y había dejado el baile al verlos conversar.

—También. Su socio vive, señor Schoning.

—¡No es posible!

—Sí que lo es. Anda por la montaña haciendo el coco. Pero pronto daré con él.

—Bonita historia —dijo el Barón sin inmutarse.

—¡Oh! ¡Se dan muchos casos de "super-vivencia". El más reciente que recuerdo es el de un hombre que se carbonizó con su auto en la carretera y, sin embargo, está tan sano como usted!

El Barón Moll se mordió los labios.

Harry hizo un leve saludo y se despidió.

—Usted viene conmigo —dijo a Betty.

Ella se resistió al principio, pero después hubo de acceder. Una avería en el ascensor

allanó las esperanzas que habían entre ambos.

—En lo sucesivo —le dijo Harry—deje usted de vigilar al Barón Moll. Ya no es preciso ni que hable con él.

—¿Tiene celos?

—Celos, no. Es... una orden de servicio.

Betty se colgó de su cuello.

—No; son celos. Porque me quieres. ¿Verdad que me quieres, Harry?

—Vamos a suponer que sí, pero puedes descolgarte de mi cuello, porque me lastimas.

Pero Betty no lo hizo sin antes haber estampado un beso en sus labios.

Al día siguiente, Harry pensaba librar la gran batalla, pero contra su costumbre se levantó tarde. Los sucesos de la víspera le habían desvelado y por la mañana se quedó dormido.

Bajó al vestíbulo y preguntó al conserje:

—¿Dónde está el Barón Moll?

—El señor Barón Moll hace cinco minutos que ha marchado.

Entonces, Harry, sospechando que el pájaro había huído, se entrevistó con Schoning.

—Creo que usted sabrá a dónde ha ido el Barón.

—Schoning se encogió de hombros.

—No sé nada. Nuestro trato era muy superficial.

—¿De modo que usted...? —dijo Harry.

—No sé nada en absoluto. Palabra de honor.

Harry dió media vuelta para marcharse, pero Schoning le preguntó:

—Dígame. Lo de que mi socio viviera fué una broma, ¿verdad?

—¡Mañana hablaremos de eso! — repuso Harry de mal talante.

El detective trazó rápidamente su plan. El Barón Moll no podía haber marchado por el tren, porque no salía ninguno a aquellas horas. No tenía otro recurso que internarse en la montaña.

La cosa era clara: Volkman permanecía en algún refugio o cueva de la montaña. Tuvo la imprevisión de no vigilarle a tiempo, con lo que él mismo lo habría conducido a su madriguera.

Harry llamó a Toni en su ayuda. Toni era aquel muchacho fuerte que conoció en la posada, del cual se había hecho muy amigo.

—Toni: tú y tus amigos tenéis que ayudarme.

Y le expuso su plan que consistía en vigilar la montaña y ayudarle a buscar a los fugitivos.

Todos se pusieron en movimiento. Toni y sus amigos salieron a explorar la montaña. Habían quedado de acuerdo con Harry para encontrarse en un sitio determinado.

Harry prefirió salir en el próximo tren con objeto de empezar por la ladera opuesta.

En el mismo tren marcharon la señora Volkman y Schoning. Afortunadamente para ellos, Harry no los vió.

Cuando partió el tren, ella dijo:

—Ahora que ese detective nos eche un galgo.

—No cantes victoria tan pronto, porque la cosa podría salir mal — advirtió el prudente Schoning.

En una estación intermedia descendió Schoning. La señora Volkman seguía viaje para regresar a Berlín. Schoning tenía que ir en el tren aéreo a un punto donde había quedado citado con el Barón Moll.

Harry estaba de malas, porque tampoco se le ocurrió vigilar a Schoning, que le habría conducido a la captura de todos.

Bajó en una pequeña estación. A pie, con los skís, atravesó toda la ladera, remontó la cumbre y luego bajó al refugio donde había quedado citado con Toni.

Allí se encontró con una sorpresa: Betty estaba en el refugio y había preparado una suculenta comida.

—¿Qué haces aquí?

—Me trajo Toni. No quise dejarte solo.

—¿Sabes si han encontrado algo?

—Hasta ahora no sé nada. Les he visto explorando todos los alrededores.

—¡Si ellos no encuentran a Volkman, me he lucido! No estaré tranquilo hasta haberlo cogido.

Poco después llegó Toni.

—¿Qué hay? — preguntó Harry ansiosamente.

—Todo ha sido inútil. Ya puede empezar a hacer las maletas y marchar, porque a esos ya no los atrapa.

—¿Pero no habéis encontrado a nadie?

—Sí. Vimos a aquel tipo bajito del hotel.

—¿Schoning? ¿Dónde lo viste?

—Subía en la vagoneta aérea. Parece que iba al Pico Blanco.

Harry recobró la confianza. El Pico estaba a unos dos kilómetros y podría llegar fácilmente. Pero Toni le hizo comprender que no podía llegar allí más que con la vagoneta aérea, que tenía que tomar abajo, a unos diez kilómetros.

El tren aéreo pasaba por allí y Harry tuvo una idea genial. Sin decir nada a Betty, salió de la cabaña y fué a un poste del trasbordador. Por medio de la escalera subió hasta lo alto y se colgó de la primera vagoneta que por allí pasó.

Los que iban en la cabina vieron con espanto el rasgo de temeridad de aquel hombre. El empleado le arrojó una cuerda, pero



Los fugitivos diéronse cuenta...

Harry tenía las manos entumecidas y se quedó colgando sobre el abismo.

Así pudo ir diez minutos hasta que divisó a sus pies un grupo de gente que se dirigía precisamente hacia el Pico del Diablo.

—¡Son ellos! — pensó.

Y se dejó caer.

Afortunadamente, la raya de nieve era muy espesa y la altura de unos siete metros, de modo que no se hizo daño alguno.

En efecto: tal como había supuesto, Volkman, Schoning y el Barón Moll avanzaban en dirección al Pico del Diablo, pues tenían que pasar por allí para atravesar la frontera. Les acompañaban algunos individuos de mala catadura que habían tomado a su servicio.

Antes de partir, Harry había dado las oportunas órdenes a Toni y sus amigos para que se reunieran con él.

Los fugitivos diéronse cuenta rápidamente de que les perseguían.

Schoning y el Barón Moll habladon reservadamente.

—Ese detective sabe demasiado — dijo el Barón Moll —. No debe encontrar a Volkman, sino su cadáver.

—¿Qué? — dijo Schoning asombrado.

—Sí, sí — repuso su interlocutor fríamente —. Hay que sacrificar a Volkman.

—¿Está usted loco?

—¿Por lo visto prefiere usted quince o veinte años de cárcel?

—Las razones del Barón Moll eran tan poderosos, que Schonin hubo de resignarse.

En tanto, Harry, dando un gran rodeo, se había reunido con Toni y sus suyos.

—Ahora vamos a ir por allí y les cerraremos la salida — dispuso Toni, que era un gran conocedor del terreno.

Les envolvieron en efecto de tal modo, que quedaban copados. Los fugitivos sabían



Al propio tiempo cayeron sobre ellos.

que eran perseguidos, pero los accidentes del terreno no les permitían ver los movimientos de sus perseguidores.

Al llegar al Pico del Diablo, el Barón Moll,

que ya había advertido a sus secuaces, dijo:
—Este es el sitio.

Volkman extrañado interrogó al Barón con una mirada, pero, al ver que sus labios se fruncían en una risa siniestra, y al sentirse agarrotado por las muñecas, se dió cuenta de lo que se tramaba.

—¿Qué es lo que os proponéis, Moll?

—¡Adelante! —dijo Moll por toda respuesta.

—¡Canallas! ¡Canallas! —gritó Volkman, tratando de defenderse—. ¡Asesinos!

La lucha fué breve. Iba ya a ser arrojado al abismo, cuando sonó un tiro y una voz potente y dominadora gritó:

—¡Alto!

Al propio tiempo cayeron sobre ellos los hombres de Harry. Lucharon unos y otros, hasta que por fin, poco después, quedaron todos detenidos.

Así fué como se descubrió el caso Volkman.

Poco después, Harry y Betty se reunían de nuevo alegres y dichosos por la victoria alcanzada que les permitiría emprender en breve un bello viaje, bajo el signo de la luna de miel...

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

HA PUESTO A LA VENTA

LA HIJA DE NADIE

Drama de amor, de sublime sacrificio femenino y maternal, es la base de esta novela, cuya emoción difícilmente puede ser igualada, ya que en ella juegan los sentimientos más opuestos y la ruedad de una pasión ambiciosa con el noble amor desinteresado.

Creación de

ANN HARDING

y

JOHN BOLES

Precio: UNA peseta ejemplar.

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS», Ap. 707, Barcelona

COLECCION PITUSA

LECTURA ESPECIAL PARA NIÑOS

Almanaques 1935

30 céntimos
ejemplar

Mickey Mouse Betty Boop
Los tres cerditos Juanito Milhombres
Bimbo El gato Félix

Cuentos infantiles

Nochebuena
Los Reyes Magos
Pitusa en el País de Jauja
Carnaval Infantil
Milhombres cow-boy
Aladino o la lámpara
maravillosa



Fábulas

El león y el ratón La cigarra y la hormiga

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

સુરેણ્ણા પ્રદીપ

ବେଳିକାଳେ କାହାରାକୁ କାହା
କାହାରେଟି କାହାରାକୁ କାହା

Digitized by sbeed 113294 4-11

କ୍ଷେତ୍ରରେ ପାଇଁ ପାଇଁ ପାଇଁ ପାଇଁ ପାଇଁ ପାଇଁ

50 pts

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Los grandes éxitos de
la temporada 1934-35

150	PASO A LA JUVENTUD	Jean Kiepura
151	VOLGA EN LLAMAS	Albert Prejean
152	EL HIJO DEL CARNAVAL	Ivan Mosjoukine
153	DALE DE BETUN	Juan de Landa
154	TRAGICA ATRACCION	Harry Baur
155	¡ORO!	Brigitte Helm
156	LOS MISERABLES	Florelle
157	UNA SEMANA DE FELICIDAD	Tony d'Algy
158	BOLERO	George Raft
159	EL LAGO DE LAS DAMAS	Rosine Derean
160	CAPRICHOS IMPERIAL	M. Dietrich
161	EL DESAPARECIDO	Rambal
162	LA CASA DE ROTHSCHILD	George Arliss
163	LA BATALLA	Charles Boyer
164	LAS CUATRO HERMANITAS	Katherine Hepburn
165	LA PRINCESA DE LA ZARDA	Martha Eggerth
166	CLEOPATRA	C. Colbert
167	TRES AMORES	Mona Maris
168	NOCHES MOSCOVITAS	Harry Baur
169	LA DOLOROSA	Agustín Godoy
170	NO SOY NINGUN ANGEL	Mae West
171	EL PEQUEÑO REY	Robert Lynen
172	EL ULTIMO VALS DE CHOPIN	Sybille Schmitz
173	DICK TURPIN	V. Mc Laglen
174	EL TANGO EN BROADWAY	Carlos Gardel
175	ENEMIGO PUBLICO NUM. 1	William Powell
176	CAMPEONES OLIMPICOS	Buster Grabbe
177	UN SECUESTRO SENSACIONAL	Dorothea Wieck
178	DOCE HOMBRES Y UNA MUJER	I. López-Heredia
179	VIDAS ROTAS	Maruchi Fresno
180	SU MAYOR EXITO	Martha Eggerth
181	¿QUE HAY NELLIE?	Patí Muni
182	EL BURLADOR DE FLORENCIA	Fredrich March
183	UNA FIESTA EN HOLLYWOOD	Laurel-Hardy
184	UN AMOR EN ESPANA	Brigitte Helm
185	LA MUERTE DE VACACIONES	Fredrich March
186	DIVINA	Ann Harding
187	CASINO DEL MAR	Cary Grant

UNA peseta cada número

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS», Ap. 707, Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.